

SEGUNDO PREMIO

V CONCURSO DE RELATOS CORTOS AULACE FORO FARO

LOLA LARA
OGALLA

RUTA RECOMENDADA

Ya venía de regreso. Habían sido tres días estupendos, llenos de calma como a ella le gustaba. La calma le hacía reflexionar sobre su presente y también sobre su pasado, esto último quizás más de lo deseable. El pasado es algo que no se puede recuperar y no podemos instalarnos en él, por muy bueno que nos parezca que haya sido.

Al futuro no quería prestarle demasiada atención porque ¿quién puede planificar algo que no tienes ni idea de como va a ser? Ciertas cosas a grandes rasgos y poco más.

En esos tres días había conocido entornos nuevos, distintos a su rutina. Se le habían llenado los ojos y el corazón de bellos paisajes, fiestas populares y gente encantadora, y ya había llegado el momento de volver a casa.

A casa... Esa frase significaba mucho para ella pero no como para la mayoría de la gente.

Le hacía evocar mil y una sensaciones y casi ninguna agradable, a no ser... Bueno, sacudió la cabeza, puso en marcha la radio y se dispuso a conducir un par de horas. Le gustaba mucho conducir y en verano, a esa hora de la tarde, era todo un placer.

A los pocos kilómetros se le presentaban dos opciones con la ruta a seguir: una era la conocida pero llena de curvas y siempre que podía la evitaba, aunque ya era demasiado tarde para retroceder y coger la autovía. La otra era una carretera secundaria por la que nunca había ido, pero que tenía más o menos idea de en dónde empezaba y terminaba y a la que solo veinte kilómetros unía con su destino final.

Se apartó a un lado y sacó su manoseado mapa para echar un vistazo. Cuando comprobó la segunda opción se encontró con la agradable sorpresa de que estaba considerada por la guía como RUTA RECOMENDADA. Esto le gustó; no había nada que le gustara más que experimentar con este tipo de cosas. Se decidió por este camino y se puso en marcha.

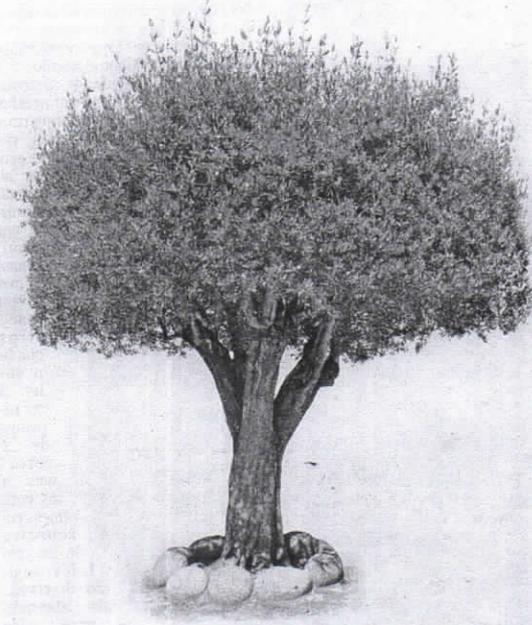
La ruta empezaba en un pueblecito encantador a pie de carretera, que recibía al viajero con una bonita parroquia y un mesón de los que, sólo con leer su carta, ya se te hace la boca agua. Era tarde para comer y muy temprano para cenar, pero le sirvió de acicate para recorrer esos veinte kilómetros encantada de la vida.

Tomó una carretera secundaria y a unos doscientos metros se dio de cara con un embalse rodeado de árboles tu-ya visión la hizo felicitar a sí misma por la elección.

El sol ya estaba bajo, aunque a la noche le quedaban un par de horas, y el espectáculo que se ofrecía a sus ojos era tan bello que invitaba a la contemplación y a la calma. Entendió en seguida el por qué de la recomendación. Se detuvo un ratito y con un suspiro se montó en su utilitario.

Miró el reloj y calculó que en unos veinte minutos ya estaría en casa y para aligerar más aún el trayecto puso la radio. Todo lo que oyó fue estática y la apagó.

Comenzó a darse cuenta de que la carretera se estaba estrechando y perdiendo el asfalto, pero esperó que fueran unos pocos metros: una "ruta recomendada" estaría, como mínimo, transitable, pero empezó a inquietarse cuando los metros rodaban y rodaban y la carretera no sólo no mejoraba, sino que empeoraba por momentos. Fue el sonido del móvil indicándole la falta de cobertura lo que la hizo decidir de inmediato que iba a dar la vuelta, a fin de cuentas sólo llevaría tres o cuatro kilómetros recorridos. Se quedó mirando la carretera como hipnotizada a la par que ameneraba la ya de por sí lenta marcha. Dar la vuelta? Cómo? Apenas si tenía un me-



tro a cada lado del coche lo que hacía inviable la idea, así que no le quedaba otro remedio que seguir adelante, eran quinientos kilómetros, por Dios! Y todavía quedaba más de una hora de buena visibilidad.

Se ajustó bien el cinturón, puso el seguro de las puertas y siguió hacia adelante con los ojos como platos y la atención a su máxima potencia, pero no podía evitar pensar que haría si viniera otro coche en la dirección contraria.

A los diez minutos deseó con todas sus fuerzas que viniera otro coche, por favor.

El suelo ya no era asfalto, sino tierra resaca tan salpicada de piedras de unos veinte centímetros de diámetro que se podría pensar que las acababan de echar allí para ella: jamás había visto nada igual!

Comprobó con horror que el camino, (había bajado rápidamente la categoría de la vía), se había estrechado más aún y que las ramas de los árboles empezaban ya a estar tan cerca que se acordó de su adorado Stephen King. Y eso no era bueno, nada bueno.

No era miedosa. Bueno, YA no era miedosa, pero lo había sido y mucho. La vida y, sobre todo, las lecturas terroríficas que tanto le gustaban, la habían hecho madurar mucho en ese sentido, pero eso no quitaba que el bagaje de historias, tópicos escalofriantes y fenómenos paranormales que su mente almacenaba afloraran ahora lozanas y reales, muy a su pesar.

Notaba un pequeño escozor en los ojos y pensó que se debía al estado de alerta

que recorría todo su cuerpo y que le impedía pestañear, pero comprobó con estupor la falta de visibilidad que aumentaba por momentos y que la noche se extendía sin piedad por encima de su cabeza.

No era posible, pero al comprobar la espesura del bosque que la rodeaba entendió que el sol se ponía mucho antes para los intrépidos aventureros que osaban circular por esas latitudes. Dio la luz y, si no hubiera sido porque la situación ya la estaba sobrepasando, casi rompiera a reír cuando vio que los faros de su coche sólo cubrían una parte muy pequeña del espacio que se abría ante ella.

Redujo aún más la marcha y, con todo su cuerpo emanando una tensión

que casi la transportaba al trance, continuó su viaje por la "ruta recomendada".

Estaba absorta en la conducción, en adivinar el cielo, en si misma... por lo que la fuerte sacudida del coche la cogió desprevenida.

Gritó y soltó el volante que cobró vida propia, asíndolo de nuevo con fuerza a la par que su pecho chocaba con él, pero su frente no llegó al cristal delantero. El motor seguía encendido y sus años de experiencia impidieron que el coche se calara, pero el vehículo no avanzaba.

Pronto se dio cuenta de lo ocurrido: había dado con un socavón y las ruedas patinaban inmisericordias llenándolo todo de un olor a quemado que no sabía si era real o estaba potenciado por sus dislocados sentidos. Lo intentó, Dios sabe que lo intentó, y con todas sus fuerzas, además. Pero el coche no se movía. Apagó el motor e intentó serenarse. Respiró profundamente y se dispuso a hacer un inventario de las vicisitudes para ver qué podía esperar de la situación.

Y pronto llegó a la conclusión de que de sola, sin teléfono y de noche lo mejor que podía hacer era esperar la llegada del nuevo día y esa perspectiva le heló aún más la sangre, si cabe.

Pero, ¿qué podía hacer si no? En cuanto que amaneciera echaría a andar y tarde o temprano llegaría a la civilización y una vez allí ya solventaría la recogida del coche con todas sus cosas dentro.

Ahora la prioridad era ver cómo se le pasaba el tiempo lo más rápidamente posible.

Si pudiera dormirse... Era una ardua tarea, pero si no se distraía de alguna manera no respondería de cómo acabaría cuando terminara la noche.

El libro y los relajantes musculares estaban en el maletero y si algo tenía claro era que no saldría bajo ningún concepto de aquel pequeño pero relativamente seguro reducho.

Tenía que quedarse a oscuras, era inevitable, o amanecería sin batería.

Lentamente, sin voluntad propia, levantó la mano y cerró el interruptor de la luz interior.

La negrura lo invadió todo y en lo primero que pensó fue en cuántas horas quedarían para que la luz del día se hiciera efectiva en aquellos parajes, fue instintivo.

Luego, empezaron a latirle las sienes y el corazón a saltarle en el pecho, todo a la vez, y ya no tuvo más remedio que hacer acopio de toda su voluntad para intentar establecer un plan de acción.

Dos cosas eran las prioritarias: serenarse y hallar alguna manera de que el tiempo se le pasara lo más rápidamente posible.

En la consulta era una experta en técnicas de relajación y respiración, por Dios, esa experiencia tenía que valerle ahora para algo! Pero su consulta era un lugar seguro y acogedor, luminoso y alegre: la comparativa resultaba deprimente, pero tenía que intentarlo y, a la vez, le serviría de distracción.

Se puso a la tarea. Estiró el asiento todo lo que pudo, se retrepó y cerró los ojos. Empezó con la respiración para hacer bajar el ritmo cardíaco pero las imágenes que proyectaban sus párpados convertían un ejercicio tan simple en una ardua batalla.

Siguió intentándolo con el único propósito de centrarse en algo y aislarse del entorno, pero esos intentos convertían en paradójicos los objetivos: cuanto más lo intentaba más le latía el corazón y cuánto más le latía el corazón menos podía relajarse.

Se dijo que no tenía otra cosa que hacer, así que lo intentaría las veces que hiciera falta, su salud mental le iba en ello.

Perdió la noción del tiempo y hasta creyó dormirse, o desmayarse, o Dios sabe qué.

Fue una suave sacudida la que le hizo salir de aquel trance y entonces sí, ya sin disimulo, el miedo afloró por todos los poros de su piel.

A la expectativa y con la taquicardia haciéndose insostenible confió en que hubiera sido un mal sueño.

Esperó. No ocurrió nada. Empezó a respirar con cierta normalidad y volvió a tumbarse con la idea de retomar los ejercicios que la habían hecho casi dormirse, o lo que fuera.

Cerró los ojos y, de pronto, una vívida imagen, como un *deja vu*, le vino a la mente. Se acordó cuando, en las noches calurosas de Málaga y con la ventana abierta, oía los coches de caballos en las madrugadas. En realidad lo que oía era el sonido de sus cascos al trote y eso, a pesar de los 40 grados, evocaba una imagen muy relajante. Casi podía oírlos ahora... No! LOS ESTABA OYENDO DE VERDAD!

Era la locura que ya llamaba a su puerta! Y gritó. Y lloró. Y se desesperó. Y quedó extenuada.

Se hizo un ovillo en el asiento. Y, de pronto, sintió otra sacudida como la de antes. Y otra. Y otra. Y varias a la vez. Y ya no sintió miedo. Estaba como mareada y no podía pensar. Y sufría alucinaciones pues creyó que el coche se movía e intentaba salir de aquel socavón.

Aquello era el final de su cordura. Le encontrarían con los ojos desencajados y balbuceando frases ininteligibles.

No supo cuánto tiempo pasó así, pudo ser una hora o un minuto, pero tuvo que incorporarse al sentir cómo las náuseas la invadían. Y fue entonces cuando se dio cuenta.

El coche no se apreciaba inclinado tal y como quedó al caer en aquel boquete, se notaba más horizontal y hasta le pareció que se notaba una suave claridad apenas perceptible.

Intentó imponer un poco de cordura en todo aquello y puso la mano en la llave de contacto. Era lo lógico, ver si era capaz de moverse de nuevo.

Muy despacio accionó el mecanismo y el coche se puso a ronronear.

Metió la primera y cerró los ojos; quitó el freno y pisó el acelerador... Nada. Aquello no se movía. Apoyó la cabeza en el volante y empezó a llorar de nuevo.

A medida que se fue relajando un poco notó como sus músculos se destensa-

ban. Levantó el pie del acelerador y en ese momento el coche se calentó.

Qué tonta! Lo que estaba pisando era el embrague! Pero a esas alturas ya no le extrañaba nada. Lo intentó de nuevo y esta vez se aseguró concienzudamente de que pisaba los pedales adecuados. Y el coche empezó a moverse muy, muy despacio. Se juró que no tocaría nada más aunque tuviera que ir en primera hasta el fin del mundo.

Dio las luces y aunque todo seguía igual en cuanto al camino se refería, pudo empezar a circular más o menos como lo vino haciendo antes del tremendo bache.

Tenía la mirada fija en el frente de manera pertinaz, pero era imposible no ver algo por el raballo del ojo, incluso aunque no quisiera, y lo que veía, no, lo que más bien adivinaba, no era en absoluto tranquilizador. O sí. A aquellas alturas ya todo le parecía posible y acorde con la loca aventura que estaba corriendo bache.

Y lo que le mostraban sus retrovisores eran unas pequeñas luces rojas, matizadas por la niebla, que en grupos de a dos se mantenían cerca del vehículo, y la niebla, más bien neblina que había confundido con claridad anteriormente, era algo parecido a los halos de vaho que nos sale de la boca cuando estamos en un ambiente gélido.

Siguió circulando y ya miraba con descaro los espejos laterales para ver que fuera seguida todo igual. Y estuvo tentada de reír pues aquello parecía como una pobre procesión a través de un campamento, pero ahora que parecía que estaba recuperando la sensatez no iba a estropearlo todo con una carcajada por más terapéutico que fuera, ya que era el único síntoma que aún no había mostrado de aquel salto al vacío que casi había estado a punto de dar. Y no confiaba demasiado en que no lo diera. Todavía no.

No supo calcular el tiempo que pasó así y su pierna ya formaba parte del pedal como si se la hubieran soldado. Le dolía todo y la tensión le engarrotaba las manos, pero siguió conduciendo despacio por más confianza que con más confianza en que saldría de aquella.

De pronto, no muy lejos, vio como unas ráfagas de luz, pero ya no se hacía ilusiones con respecto a lo reales que pudieran ser, no obstante observó que se dirigía directamente hacia ellas.

Al poco, se fue aclarando todo ante su vista y lo que tenía delante era un ir y venir de coches que circulaban por una autovía cercana.

Ahora sí que empezó a reír en silencio mientras las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas y sin saber muy bien si dar las gracias, maldecir por su mala suerte o salir del coche y besar el suelo.

Volvió a mirar los retrovisores y vio como las luces rojas se alejaban y la neblina cada vez se hacía menos visible. Al mismo tiempo bajó una pequeña pendiente al final de la cual estaba la civilización. Y entonces, sí.

Entonces paró el coche a un lado y se bajó. Se giró y en lo alto del montecillo que había dejado atrás adivinó las luces y los vahos, e intentó ver un poco mejor a qué correspondía toda aquella parafernalia. Fue imposible detectar algo más con claridad pero sí volvió a oír el sonido de unos cascos al trote alejándose lentamente, esta vez unido a lo que le pareció un par de relinchos.

Como una automática, entró en el coche y sólo pareció salir del trance cuando comprobó que no había pasado más de media hora desde que entró a través "la ruta recomendada". Incluso el so no se había puesto todavía.

¿Qué había sido todo aquello? ¿Ei qué mundo había estado? ¿Pue real? ¿Imaginario? Sonrió ahora sí, franca y llanamente. Qué más daba? Había recibido ayuda cuando más lo necesitaba: esa era la moraleja que la volvía a hacer confiar en el futuro.

Como decía un amigo suyo "Lo mejor está por venir". Metió la primera y empezó a incorporarse a la autovía.